

uno no sabe si el libro pretende denunciar, o simplemente recrear la perplejidad, la debilidad y la entereza de una niña de quince años que cuenta cómo les cambió a todos la vida después de esa mañana en la finca.

Otras formas de violencia se manifiestan también: la de la prensa, indiferente al dolor de la familia, capaz de tejer historias alrededor de la historia real para complacer a un público ávido; la del establecimiento, que, incapaz de proteger a nadie, se muestra también incapaz de un rescate o de una respuesta a la incertidumbre. La de la fiesta que se organiza alrededor de un suceso infausto, la curiosidad de las amigas de la madre que acuden a consolarla y ordenan vasos de agua, tazas de café, secretamente felices porque, al menos por esta vez, la fatalidad ha elegido a otros.

Y en medio de tanto alboroto, del teléfono que al comienzo puede traer una esperanza y que al dejar de sonar creará la desesperanza y finalmente la aceptación, llega Manuel, el profesor de los niños. ¿Imagen del padre? En todo caso imagen de lo sensato, de la esperanza, de la buena fe y el desinterés. No es raro, entonces, que Patricia se enamore de él.

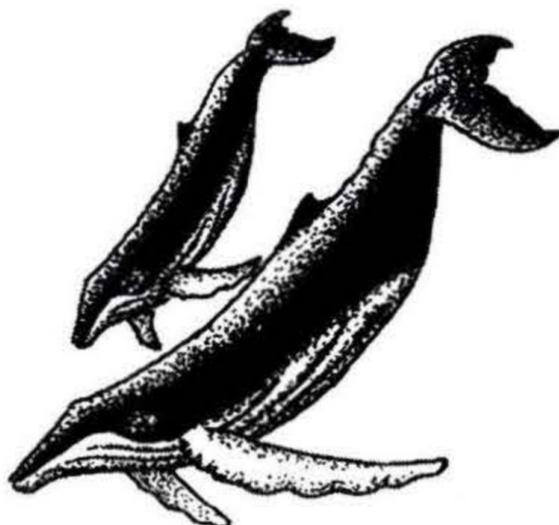
El mayor logro del relato está en la forma como se insinúa el cambio de conciencia que sufren los cuatro niños. Los miedos infantiles desaparecen. El diablo, las brujas y los fantasmas, dan paso a otros temores, no menos reales pero sí más concretos. El miedo a lo desconocido, al futuro, a la orfandad. A medida que la esperanza desaparece, la narradora y sus hermanos van ganando en sabiduría, en conocimiento y profundidad.

Finalmente no queda sino recuperar al padre a través de sus cosas.

Los documentos guardados en el estudio son el último vínculo con la madre, los libros con la menor de las hermanas, la fuerte, la que nunca llora. La música le recuerda a Patricia los domingos, cuando su padre se quedaba en casa para escuchar ópera, sin hacer caso a las protestas de sus hijos.

El tiempo, esos interminables dos años que tan rápidamente pasan en el relato, va borrando el dolor. La fuerza de las acciones realizadas día a día en ausencia del padre, se impone. Dos años

han bastado para que la esperanza abra paso a la desesperanza, y ésta a su vez a la aceptación, a la vida.



El zumbido de la batidora que mezcla los ingredientes para la torta de cumpleaños de Catalina es el símbolo de ese olvido y esa aceptación. Tal vez nunca se vaya a saber cómo ni cuándo murió su padre. La única que todavía reza por él es la abuela. Y hasta se puede aceptar lo que antes habría sido imposible. La madre parece más contenta sin su marido. Ahora vive su vida, puede engordar, ha dejado de ser una esclava de la belleza, y hasta se da el lujo de pensar en sí misma. Por eso tal vez el timbre que suena sin que el lector sepa nunca quién es, deja un final abierto aunque no muy original.

El relato contiene todos los elementos necesarios para conformar una buena novela. Con un poco más de tiempo y de paciencia se habría logrado.

MARÍA CRISTINA RESTREPO L.

## El dolor que significa crecer

### El terror de sexto B

Yolanda Reyes

Alfaguara, Santafé de Bogotá, 1995, 78 págs.

Yolanda Reyes, profesora que enseña literatura a niños y grandes y a quien todavía desvelan pesadillas comunes a muchos de nosotros, como aquella tan

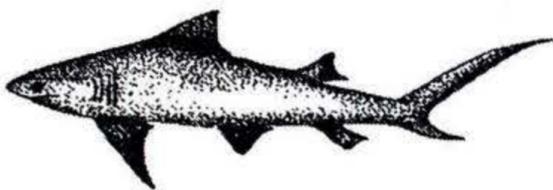
terrible del inminente examen de matemáticas para el cual no se tiene ninguna preparación y se desconocen todas las respuestas, escribe un librito de ocho cuentos en los que, de alguna manera, se pretende romper con esa mirada llena de olvidos y lugares comunes con que los adultos recomiendan a sus hijos el colegio, como si realmente fuera "la época más feliz de la vida", "el mejor de los tiempos", corroborando aquel adagio popular que asegura que todo tiempo pasado fue mejor.

El tono confidencial y un lenguaje en el que se escucha la voz del adulto que aún conserva algo del candor juvenil, harán de este un libro aceptado por los lectores jóvenes. Sus frases ordenadas y nítidas interesarán a la imaginación de quienes seguramente van a identificarse, en un ambiguo juego de complicidades y distancias, con una persona mayor que decide contar las cosas tal como son, derribando los viejos clichés que, a decir verdad, son sólo eso, al menos para los estudiantes, que seguramente lo saben mejor que sus propios padres.

Se recurre entonces a pequeñas historias que ilustran algunos momentos por los cuales han pasado los estudiantes de todos los tiempos. Aquí radica el valor del relato, pues son estas historias las que tienen el poder de hacer sonreír, o quizá padecer, en una momentánea identificación con alguno de los jóvenes narradores.

El que se acuda a múltiples voces logra que las páginas de este libro parezcan muchas más. Distintas miradas convergen cada una en sentimiento, en un problema específico. El héroe, o al menos el personaje más cuidado por la autora, parece ser el "terror de sexto B", un niño a quien sin duda los educadores de hoy llamarían hiperactivo y que sólo en ocho páginas se dibuja como un ser imaginativo, siempre en problemas, alguien que se ha dejado agobiar con la pesada carga de ser el más necio de la clase. Aquel que puede humillar a sus profesores, sin mala intención, por supuesto, con el único fin de distraerse y divertir a sus compañeros. Su creatividad para recrear lo llevará un día demasiado lejos, motivo por el cual arrastrará, quizá para siempre, el amargo sabor de la culpa.

El lector encontrará otras historias que transcurren lejos de la tiza y el tablero. Como la de Santiago, un niño de once años que padece los efectos de un primer amor y, para colmo, de un amor de verano con una extranjera a quien nunca volverá a ver. Esta experiencia, fugaz como solo pueden serlo los amores en esa época y en esas circunstancias, transporta a Santiago desde la alegre despreocupación de la niñez hasta la introspección, la tristeza y ese terrible y perdurable sentimiento de soledad, característico de la adolescencia y en general de la vida.



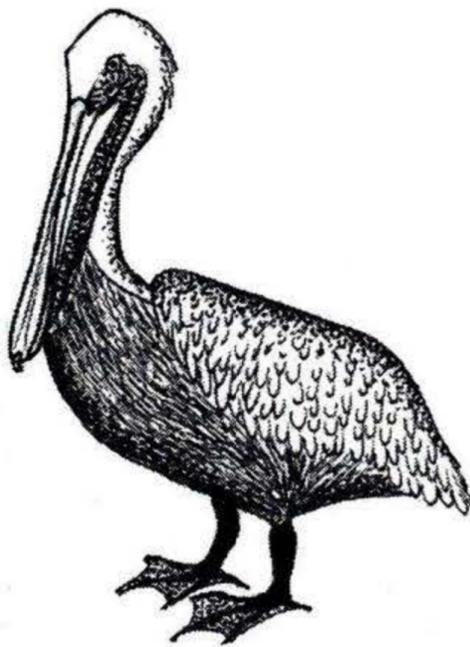
Los personajes, niños que pronto dejarán de serlo y que atraviesan fugaces por las páginas del libro, están enfrentados a un doble aprendizaje: el del colegio, con sus tareas casi siempre aburridas, las normas incomprensibles, los horarios despiadados, y el de la vida que llama a explorar el mundo, a integrarse a los amigos, a reconocerse a través de ellos, y que, en virtud de esa misma fuerza, procura disculpas para posponer durante las vacaciones esos deberes escolares que a veces pierden todo significado frente a la diversidad que ofrece un mundo al que se va conociendo como si fuera otro libro y que ofrece sus normas, también duras, con frecuencia injustas. Finalmente, el lector reconocerá en la escuela un espejo del mundo. Es por ello que se prohíbe pintarlo con los tonos rosa de la evocación. El trato con la vida y con los seres humanos trae consigo amarguras y durezas.

El humor es un elemento que podría haberse explorado mejor. Apenas si se insinúa en situaciones ridículas, como la de la mamá que malhumorada sale a llevar a su hijo al colegio en pijama, con el sueño todavía enredado en los ojos sin pintar, para sufrir en su auto una avería, o como la fugaz escena en la que el terror de sexto B logra espantar al profesor de inglés con un esqueleto. Así mismo, el mundo de lo onírico se dibuja mal, como si se temiera ex-

plorar esa vida oculta en la que los niños participan mejor que los adultos.

El sueño, la magia, la imaginación, habrían podido utilizarse como recurso para escapar del mundo de las prohibiciones, de las normas, de las tareas que se llevan el tiempo libre. La anécdota del árbol abonado por los chicles que los niños entierran bajo sus ramas y que gracias a este tratamiento especial crece hasta convertirse en el más alto del mundo, no logra convencer. Resulta mucho mejor cuando la autora nos lleva al mundo real, al de los castigos y las matrículas condicionales, las madrugadas, la tarea que nunca se hizo.

El colegio pasa a ser una especie de escenario en el que se representan los primeros dramas de la vida. Aquí se enfrentan soñadores, enamorados, buenos y malos estudiantes, niñas feas a quienes se humilla por eso, a las que se adula por ser bonitas, valientes y cobardes. Y siempre, en cada uno de ellos, la mirada que evalúa, que juzga, que mira sin compasión dramas como el del niño deportista que sacrifica su libertad a los ensayos con la esperanza de ganar, no una medalla, sino el respeto de sus iguales, la aprobación de los mayores, el amor de la niña de la que está enamorado.



Este libro es un llamado de atención al sistema educativo que podría enseñar divirtiendo. Pero es también un reconocimiento al dolor que significa crecer, despertar al amor, al desengaño, a la soledad. Seguramente la autora despertará muchas inquietudes entre sus lectores.

MARÍA CRISTINA RESTREPO L.

## Viaje por la selva de hoy

**El Tapón del Darién. Diario de una travesía**

Alfredo Molano y María Constanza Ramírez.

*Textos complementarios de César Monje.*

*Fotografías de Richard Emblin*

El Sello Editorial, Santafé de Bogotá, 1996, 174 págs.

El Sello Editorial suma a sus anteriores títulos este libro, testimonio sobre la cruda realidad de una carretera programada para cruzar el llamado Tapón del Darién, y empatar la carretera Panamericana que viene desde Alaska hasta la Patagonia.

El sociólogo y economista Alfredo Molano y la economista y bióloga María Constanza Ramírez realizaron una travesía desde Medellín hasta Panamá cruzando el Darién colombo-panameño por la ruta que sigue el trazado eventual de la carretera, y desde Panamá fueron hasta Cartagena en un transbordador que viaja desde la ciudad de Colón hasta La Heroica, como una posible opción para pensar que el puente que una a Centro y Suramérica sea establecido por mar y no por tierra, como lo pretende el proyecto de la Panamericana.

Este diario de viaje por las selvas que interrumpen el asfalto de la ruta Panamericana, es, en síntesis, una descripción del horror que representa la civilización occidental en países del tercer mundo, presionados por potencias, extranjeras a su territorio, pero dueñas de su economía y hasta de su ámbito cultural.

Colombia y Panamá, los dos países entre los que se interpone el Tapón del Darién, están descritos, bajo la lente de Molano y Ramírez, como las colonias de un poder superior: el de los norteamericanos, bajo cuyas reglas se ve influenciado el diario acontecer de sus habitantes y su propio hábitat, con ejemplos concretos que ratifican esta posición, como el hecho de que la ganadería extensiva, enemigo fatal en el lado colombiano de esta selva, está prohibida en Panamá sólo como una protección impuesta por los norteamericanos para que la aftosa no cruce Centroamérica y se instale en las ganaderías de Texas y